

## VELADA QUINTA

EL CABALLERO.

¿Os habeis divertido mucho ayer, señor Senador?

EL SENADOR.

Mucho en verdad, y todo cuanto es posible divertirse en ese género de espectáculos. Los fuegos artificiales eran soberbios, y nadie pereció, al menos ninguno de nuestra especie; en cuanto á los mosquitos y á los pájaros, no salgo garante mas que mi amigo; pero me he acordado mucho de ellos, durante la funcion, y ese es el *pensamiento* que me reservaba ayer comunicaros. Cuanto mas pensaba en él, mas me confirmaba en la idea de que los espectáculos de la naturaleza, son con mucha probabilidad para nosotros, lo que son los actos humanos para los animales que los presencian. Ningun ser viviente puede tener otros conocimientos que los que constituyen su esencia, y que son esclusivamente relativos al lugar que ocupa en el universo; y á mi modo de ver, es una de las muchas é invencibles pruebas de las ideas innatas: porque si no hubiese ideas de esta clase para todo ser que conoce, cada uno de estos, recibiendo sus ideas de los resultados de la esperiencia, podrian salir de su circulo, y turbar ó alterar el universo; pero esto es lo que nunca sucederá. El perro, el mono, el elefante *semi-racional* (1), se acercarán al fuego, por ejemplo, y se calentarán como nos-

(1) *Alf. reasoning.* (Pope).

otros con gusto, pero no les enseñareis nunca á empujar un tizon en la brasa, porque el fuego no es cosa suya; de otra manera, el dominio del hombre se destruiria. Ellos verán muy bien uno, pero nunca distinguirán *la unidad*; los elementos del número, pero jamas al *número*; un triángulo, dos, mil triángulos juntos, ó bien uno despues de otro, pero nunca *la trigonometria*. La union perpétua de ciertas ideas en nuestro entendimiento hace que estas se confundan, aunque estén separadas en la esencia. Vuestros dos ojos reflejan en los míos; yo tengo la comprension que uno en el acto á la idea de *unidad*; en el hecho no obstante, estos dos conocimientos son de un orden enteramente diverso, y el uno va sin el otro. Os diré mas, puesto que estoy de buen humor. No comprenderé nunca la moralidad de los seres inteligentes, ni tampoco la unidad humana, ni otra *unidad cognitiva* cualquiera, separada de las ideas innatas; pero volvamos á los animales. Mi perro me acompaña á una funcion pública, á una ejecucion, por ejemplo: positivamente él vé todo lo que veo yo; el gentío, el fúnebre acompañamiento, los agentes de la justicia, la fuerza armada, el cadalso, el paciente, el ejecutor, todo en una palabra: mas en todo esto, ¿qué comprende? Lo que debe comprender *en su cualidad de perro*; sabrá salir de entre la gente y encontrarme si algun incidente lo ha separado de mí; se colocará de manera que no le estropeen los pies ó pisadas de los espectadores; cuando el verdugo levante el brazo, el animal, si está cerca podrá separarse, por temor de que el golpe no le toque, si vé sangre, podrá temblar, pero como en la carnicería. Ahí cesan sus conocimientos, y todos los esfuerzos que empleasen sus inteligentes institutores, sin descanso por los siglos de los siglos, no le harian hacer otra cosa; las ideas de moral, de soberania, de crimen de justicia, de fuerza pública etc., propias ó anexas á este triste espectáculo, son nulas para él. Todos los signos de esas ideas, lo redean, le tocan, le oprimen, por decirlo así, pero inútilmente; porque ningun signo puede existir como la idea no sea preexistente. Es una de las leyes mas evidentes del gobierno temporal de la Providencia, que todo ser activo ejerza su accion en el circulo que le está trazado, sin que pueda nunca salir de él. ¿Y cómo pudiera el buen sentido imaginar lo contrario? Partiendo de estos principios, que son incontestables, ¿quién os ha de decir que un volcan, un huracan, un terremoto etc., dejan de ser para mí, exactamente lo que la ejecucion es para mi perro? Comprendo de todos estos fenómenos lo que debo comprender, es decir, todo cuanto está en relacion con mis ideas innatas, que constituyen mi cualidad de hombre. Lo demas es carta cerrada.

EL CONDE.

No hay nada mas plausible que vuestra idea, mi querido amigo, ó por mejor decir no hay cosa mas evidente, por el lado por donde habeis mirado el asunto; sin embargo ¿qué diferencia hay bajo otro punto de vista! *Vuestro perro, no sabé que él no sabe:* y vos, hombre inteligente, lo sabeis. ¿Qué privilegio tan sublime encierra esta duda! Continúad en esa idea, os arrebatáreis ó admirareis. Pero á proposito, ya que habeis tocado esa cuerda, ¿sabeis que me considero en el caso de proporcionaros un verdadero placer, demostrandoos de qué manera se ha salido la mala fé del invencible argumento á que dan materia los animales en favor de las ideas innatas? Habeis visto muy bien, que la identidad y la invariable permanencia de cada clase de seres sensibles ó inteligentes, suponian necesariamente las ideas innatas, y habeis citado muy oportunamente los animales que verán eternamente, lo que vemos nosotros, sin que puedan nunca comprender, lo que nosotros comprendemos. Pero antes de llegar á una cita sumamente chistosa, es preciso que os pregunte, ¿si alguna vez habeis reflexionado, que esos mismos animales, dan materia á otro argumento directo y decisivo en favor de este sistema? Efectivamente, puesto que las ideas cualesquiera que sean que constituyen el animal cada uno en su especie, son *innatas*, literalmente, es decir, del todo independientes de la esperiencia; pues que la gallina que nunca ha visto al gavilan, manifiesta no obstante todas las señales del terror, en el momento en que se presenta á ella por primera vez como un punto negro en una nube, que llama al instante á sus hijuelos con un grito extraordinario que nunca ha arrojado, que los polluelos que acaban de salir de la cáscara, se precipitan al punto bajo las alas de su madre; finalmente, puesto que esta observacion se repite invariablemente en todas las especies de animales, ¿por qué la esperiencia fuera mas necesaria al hombre por todas las ideas fundamentales que le constituyen hombre? La objecion no es debil como veis. Escuchad ahora de que manera los dos héroes de la *Estética* (1) se han evadido.

El traductor frances de Locke, *Coste*, que segun parece fué hombre de talento y por otra parte bueno y modesto, nos ha contado, no recuerdo en que nota de su traduccion (2) que cierto dia, hizo á Locke esta misma objecion que salta á los ojos. El filósofo que se sintió herido en un flanco sensible, se incomodó

(1) Propiamente *ciencia del sentimiento*, del griego *αισθησις*.

(2) Lib. II cap. XI. §. 5. del ensayo sobre el entendimiento humano.

un poco, y le respondió bruscamente. *No he escrito mi libro, para explicar las acciones de los animales. Coste*, que tenia derecho, con razon para esclamar como el filósofo griego: *Jupiter, tú te incomodas, señal que tienes la culpa!* Se ha contentado, sin embargo, con decirnos con un tono placentemente serio: *La respuesta era muy buena, el titulo del libro lo demuestra bien claro.* En efecto, nada se ha escrito acerca del entendimiento de las bestias. Ya veis, señores á lo que se halló reducido Locke para salir del paso. Se guardó muy bien por otra parte de proponerse la objecion en su libro, por no esponerse á responder; pero Condillac que no queria que su conciencia le molestase, lo toma de distinto modo para salir del paso. No creo que la ciega obstinacion de un orgullo que no quiere ceder, haya producido cosa mas amistosa. *La bestia huirá*, dice, *porque ha visto devorar á otras;* mas como no tenia recursos para generalizar esta explicacion, añade, «que con respecto á los animales que nunca han visto devorar á sus semejantes, puede creerse *con fundamento*, que sus madres desde un principio, les habrán obligado á huir» obligado es muy propio! Siendo sin embargo que no haya dicho *les habrán aconsejado*. Para concluir esta rara explicacion, añade con la mayor seriedad del mundo, *que si no es admitida, no concibe qué es lo que indujera al animal á huir* (1). Escelente! Vamos á ver al instante que si uno se niega á estos maravillosos razonamientos, podrá muy bien suceder, que el animal deje de huir ante su enemigo, porque Condillac *no concibe* el porqué este animal debiera emprender la fuga.

Por lo demás, de cualquier modo que se espese nunca puedo ser de su parecer. El *no concibe*, dice; pues permitame él, que yo creo que *concibe* perfectamente, sino que mas bien quiere mentir que confesarlo.

EL SENADOR.

Mil gracias, mi querido amigo, por vuestra anécdota filosófica que efectivamente la tengo por muy chistosa. Estais perfectamente de acuerdo conmigo sobre mi modo de ver á los animales y sobre la conclusion que he sacado respecto á nosotros. Están como os decia hace poco, *rodeados, atravesados, estrechados* de todos los signos de la inteligencia; sin poder llegar nunca al mas pequeño de sus actos: Sutilizad cuanto querais con el pensamiento esa alma cualquiera, ese principio desconocido, ese *instinto*, esa luz interior que les ha sido dada con tan prodigiosa

(1) Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos. sec. II. capítulo IV.

variedad de direccion y de intensidad, nunca hallareis mas que un *asymptoto* de la razon que se aproximará cuanto queráis, pero sin llegar á ella nunca. En otro caso, una provincia de la creacion, pudiera ser invadida, lo que es evidentemente imposible.

Por una razon enteramente igual, ninguno duda, que no pudiésemos estar nosotros mismos, *rodeados, atravesados y estrechados*, por acciones y agentes de un órden superior, de quienes no tenemos mas conocimiento, que el que tiene relacion con nuestra situacion actual. Sé todo lo que vale la duda sublime de que me acabais de hablar: si, *yo sé que no sé nada*, acaso aun sepa yo alguna cosa mas; pero siempre es cierto que en virtud de nuestra misma inteligencia, nunca podremos alcanzar sobre este punto, un conocimiento directo. Por lo demás hago gran uso de esta duda en mis indagaciones acerca de las *causas*. He leído millares de burlas, sobre la ignorancia de los antiguos, *que por todas partes veian spiritus*: me parece que somos mucho mas necios nosotros, porque no los vemos en ninguna parte. No cesan de hablarnos de *causas físicas*. ¿Y que viene á ser una causa física?

#### EL CONDE.

Es una *causa natural*, si queremos limitarnos á traducir la palabra; pero segun la acepcion moderna, es una *causa material*, es decir, una causa que no es causa; porque *materia* y *causa* son mutuamente exclusivos, como *blanco, negro, circulo y cuadrado*. La materia no tiene accion mas que por el movimiento; luego siendo todo movimiento un efecto, resulta que una *causa física*, si se quiere esplicar esactamente, es un CONTRA SENTIDO, y aun una contradiccion en los términos. No existen pues, ni pueden existir *causas físicas* propiamente dichas, porque no existe ni puede existir movimiento sin un motor primitivo, y porque todo motor primitivo es inmaterial; *en todas partes lo que mueve precede á lo que está movido, lo que lleva precede á lo que está llevado, lo que ordena, precede á lo que está ordenado*: la materia nada puede, y aun tan solo es la prueba del espíritu. Cien bolas colocadas en linea recta y que todas reciben de la primera un movimiento sucesivamente comunicado, ¿no suponen una mano que ha descargado el primer golpe en virtud de una voluntad? Y aunque la disposicion de las cosas no me dejase ver esa mano, ¿seria acaso menos visible para mi inteligencia? El alma de un relojero no se halla encerrada en el tambor de esa péndola, en donde el gran resorte está cargado, digámoslo así, con las funciones de una inteligencia. Oigo á Lucrecio que me dice: *tocar,*

*ser tocado, no corresponde mas que á los cuerpos*; ¿mas qué nos importan esas palabras exahustas de todo sentido bajo un aspecto sentencioso que da miedo á los niños? Significan en el fondo, que *ningun cuerpo puede tocarse sin ser tocado*. Ya veis qué buen descubrimiento! La cuestion consiste en saber, si no hay mas que cuerpos en el universo, y si no pueden ser movidos con sustancias de otro órden, pues no solamente pueden serlo, sino aun primitivamente no pueden haberlo sido de otro modo: porque todo choque no pudiendo concebirse ó verificarse sino como resultado de otro, es preciso admitir necesariamente una serie infinita de choques; es decir, de efectos sin causa, ó bien convenir en que el principio del movimiento no puede hallarse en la materia; y llevamos en nosotros mismos la prueba de que el movimiento principia por una voluntad. Nada obsta en lo demas que en un sentido vulgar é indispensable no se puede teóricamente llamar *causas* á los efectos que producen otros; así es que en la continuacion de las bolas de que os hablaba ahora mismo, todas las fuerzas son *causas*, á escepcion de la última, así como todos son efectos esceptuando la primera. Pero si queremos espresarnos con una precision filosófica, es ya otra cosa. Nunca se repetirá demasiado que las ideas de *materia* y de *causa* son rigurosamente independientes. Bacon se habia formado acerca de las fuerzas que obran en el universo, una idea quimérica de cuyos resultados se han estraviado una multitud de disertadores; suponía desde luego esas fuerzas materiales; en seguida las sobreponía indefinidamente la una debajo de la otra; y muchas veces no he podido menos de sospechar que al mirar por la reja esos árboles genealógicos, que todos son hijos, escepto el primero, y que todos son padres esceptuando el último, se habia creado sobre este modelo un *idolo de escala*, ó gradual, arreglando del mismo modo las causas en su cabeza, comprendiendo á su manera que tal causa era hija de la que le precedía, y que las generaciones estrechándose siempre al crearse, reducían al fin al verdadero intérprete de la naturaleza á una *abuela* comun. Estas son las ideas que ese gran legislador se formaba de la naturaleza, y de la ciencia que debe explicarla; pero no hay cosa mas quimérica. No quiero arrastraros á un largo discurso para vos y yo, basta en este momento una sola observacion, y es que Bacon y sus discípulos no han podido nunca citarnos, y nunca nos citarán un solo ejemplo ó caso en apoyo de su teoria. Muéstrennos ese supuesto órden de causas *generales, aun mas generales, generalisimas*, como quieran esplicarse. Mucho se ha disertado ya y descubierto desde Bacon: que nos presenten un ejemplo de esa maravillosa geanologia; que nos indiquen un solo

misterio de la naturaleza que se haya explicado, no digo yo por una causa, sino tan solo por un primer efecto desconocido antes y elevándose de uno á otro. Imaginad el fenómeno mas vulgar, la elasticidad, por ejemplo, ú otro cualquiera que os plazca. Ahora no soy descontentadizo; no pido ni las abuelas ni trisabuelas del fenómeno, me contento con su madre; pero ah! que todos callan, y esto sucede siempre (entiendo en el orden material) *proles sine matre creata*. Ah! ¿como es posible obstinarse hasta el punto de buscar las causas en la naturaleza, cuando la misma naturaleza es un efecto? Mientras que no se sale del círculo material, ningun hombre puede adelantarse mas que otro en la indagacion de las causas. Todos se paran y deben pararse al primer paso. La habilidad de los descubrimientos en las ciencias naturales, consiste únicamente en poner de manifiesto los hechos ignorados ó en presentar los fenómenos no explicados á los primeros efectos conocidos ya y que tomamos por causa; y así el que descubrió la circulacion de la sangre, y el que tambien descubrió el sexo de las plantas, han merecido sin duda el uno y el otro que se les llame sabios; pero el descubrimiento de los hechos nada tiene que ver con el de las causas. Newton, por su parte, se ha immortalizado con referencia al peso de los fenómenos, que nunca se habia pensado en atribuirle; pero el lacayo del grande hombre sabia acerca de la causa del peso, tanto como su maestro. Algunos discipulos, de los que se avergonzaria si volviese al mundo, se han atrevido á decir que la atraccion era una ley *mecánica*. Nunca ha proferido Newton tal blasfemia contra el sentido comun, y han intentado en vano contar con un cómplice tan célebre. El ha dicho, por el contrario (y por cierto que ya es mucho) *que dejaba á sus lectores la cuestion de saber si el agente que produce la gravedad es material ó inmaterial*. Os ruego que leais sus cartas teológicas al doctor Bentley; y quedareis tan instruidos como edificados.

Ya veis, señor Senador, que apruebo mucho vuestro modo de ver este mundo, y que tambien lo apoyo, si es que no estoy completamente equivocado á pesar de tan buenos argumentos. Por lo demas, os lo repito; *yo sé, que nada sé*; y esta duda me llena á la vez de alegría y reconocimiento, pues hallo en la misma juntos, el título indeleble de mi grandeza, y el saludable preservativo contra todas las especulaciones ridiculas ó temerarias.

Examinando la naturaleza bajo este punto de vista, ya en su conjunto, como tambien en la última de sus producciones, me acuerdo continuamente, (y no es poco para mi) de aquella palabra de un lacedemonio, pensando en qué consistia que un cadáver tieso no

se sostuviese de pie, de cualquier modo que uno lo pusiera. Por Dios, dijo, *es preciso que tenga alguna cosa ahí dentro*. Siempre, y en todas partes se debe decir lo mismo, porque *sin alguna cosa*, todo es un cadáver, y nada se sostiene de pie. Mirado así el mundo como una simple reunion de apariencias, cuyo mas pequeño fenómeno encierra una realidad, es un verdadero y sabio idealismo. En un sentido muy cierto, puedo decir, que los objetos materiales no son nada de lo que veo: pero lo que veo es real ó cierto con respecto á mí, y me es muy bastante para que me lleve, hasta la existencia de un nuevo orden, que creo firmemente sin verlo. Apoyado en estos principios, entiendo perfectamente, no solo que la oracion es útil en general para alejar el mal fisico, sino tambien que es el verdadero antidoto, el específico natural, y que por su esencia tiende á destruirlo, lo mismo precisamente que ese poder invisible que nos llega del Perú, encerrado en una corteza ligera, va á buscar en virtud de su propia esencia el principio de la fiebre; lo toca, lo ataca con mas ó menos éxito, segun las circunstancias y el temperamento; á menos que no quiera sostenerse que la madera cura la fiebre, lo que seria muy chistoso.

EL CABALLERO.

*Chistoso* si lo quereis; pero es preciso que sea yo sin duda un hombre *chistoso*, porque en toda mi vida no he hecho escrupulo ninguno de esa proposicion.

EL CONDE.

Pero si la madera cura la fiebre, ¿para qué se toma uno el trabajo de ir á buscar al Perú? Bajemos al jardín; esos árboles nos suministran de sobra para todas las fiebres tercianas de Rusia.

EL CABALLERO.

Hablemos formalmente, os lo suplico: no se trata aquí de la madera en general, sino de cierta madera cuya cualidad particular es de curar la calentura.

EL CONDE.

Muy bien; ¿pero qué entendeis por *cualidad*? Esta palabra expresa en vuestra imaginacion, un simple accidente; y vos creéis, por ejemplo, que la quina cura, porque es *figurada, pesada y encarnada*, etc.

EL CABALLERO.

Sois muy susceptible, mi querido amigo, es claro que hablo de una cualidad real.

EL CONDE.

¿Cómo cualidad real! ¿quereis explicarme eso, os suplico?

EL CABALLERO.

Oh! tambien yo á mi vez os ruego que no disputemos sobre palabras. ¿No sabeis que el juicio militar se ofende de esta clase de contiendas?

EL CONDE.

Aprecio el juicio militar, mas de lo que acaso creeis; y os aseguro que las contiendas no me son menos odiosas que á vos, pero no creo que sea disputar sobre palabras, el preguntar lo que estas significan.

EL CABALLERO.

Entiendo por *cualidad real*, una cosa cualquiera que subsista realmente, *un no sé qué*, que no estoy obligado sin duda á definir, pero que en fin existe como todo lo que existe.

EL CONDE.

Maravillosamente, pero esa *cosa cualquiera*, esa incógnita cuyo valor buscamos, ¿es materia ó no? sino es materia....

EL CABALLERO.

Ah! yo no digo eso!

EL CONDE.

Pero si es materia, ciertamente ya no podeis llamarla *cualidad*, tampoco es un *accidente*, una *modificacion*, un *modo*, ó como queráis llamarlo; es una sustancia semejante en su esencia, á cualquiera otra sustancia material, y esta sustancia que no es *madera*, (porque de otra manera toda *madera curaria*) existe en la *madera*, ó por mejor decir *en esa madera*, como el azúcar, que no siendo agua ni té, está contenida en esa infusion de té que la disuelve. No hemos hecho mas que remontar la cuestion, para volver á empezar. En efecto, puesto que la sustancia, sea cual fuere, que cura la fiebre, pertenece á la materia, digo de nuevo; ¿á que ir al

Perú? Mas fácil es hallar la materia, que la *madera* ó *leño*: me parece que en todas partes la hay, y todo lo que vemos es bueno para curar. De este modo os vereis obligado á repetirme sobre la materia en general, cuanto me habeis dicho sobre la *leña*. Me direis: *no se trata de la materia tomada en sentido general, sino de esa materia particular; es decir, en el sentido mas abstracto, con mas una cualidad, que la distingue y que cura la fiebre*. Y yo os atajaré nuevamente, preguntándoos, ¿qué viene a ser esa cualidad que suponeis material, persiguiendoos asi con la misma ventaja, sin que vuestro buen sentido pueda nunca hallar un punto de apoyo que oponerme; porque siendo la materia por su naturaleza inerte y pasiva, y no teniendo accion mas que por el movimiento que ella no puede darse, resulta que no podria obrar, sino por el impulso de un agente mas ó menos distante, oculto para ella y que no podria ser *ella*.

Ya veis, mi querido caballero, que no se trata enteramente de una cuestion de palabras: mas volvamos al asunto. Esa escursion acerca de las causas nos conduce á una idea tan exacta como fecunda; y es la de considerar la oracion, mirada en su efecto, sencillamente como una segunda causa; porque bajo este punto de vista no es mas que eso, y no puede distinguirse de ninguna otra. Si un filósofo á la moda se admira de verme hacer uso de la oracion para preservarme del rayo, por ejemplo, yo le diré: *y vos, amigo, ¿por qué os valeis de los para-rayos? ó valiéndome de una cosa aun mas comun, ¿por qué empleais las bombas en los incendios, y los remedios para las enfermedades? ¿No haceis oposicion, lo mismo que yo, á las leyes eternas? Oh! eso es muy distinto, me dirán; «porque si es una ley, por ejemplo, que el fuego queme, tambien lo es que el agua apague el fuego.» Y yo responderé: esto es precisamente lo que yo digo por mi parte; porque si es una ley que el rayo produzca ó cause tal ó cual desastre, lo es tambien que la oracion hecha á tiempo con respecto al FUEGO DEL CIELO, lo apague ó lo evite. Y estad persuadidos, señores, que no se me hará objecion alguna en la misma suposicion, sin que la redarguya con ventaja. No hay término medio entre el fanatismo rígido, absoluto, universal, y la fe comun de los hombres, sobre la eficacia de la oracion.*

Os acordais, caballero, de ese lindo bipedo que se burlaba delante de nosotros, poco tiempo ha, de estos dos versos de Boileau:

A mí que aun en salud el otro mundo asombra,  
que al alma creo inmortal, y á Dios autor del trueno.

«En tiempo de Boileau, decia él delante de los frívolos y de

»los mozalvetes atolondrados, se ignoraba que un rayo no es mas que la chispa eléctrica cargada, y hubiera sido una cuestion muy grave si no se hubiese considerado al trueno, como un arma divina destinada á castigar los crímenes. No obstante, es preciso que sepais, que ya en los tiempos antiguos, ciertos charlatanes sorprendian algo á los creyentes de su época, preguntándoles porque se divertia Jupiter en fulminar rayos á las rocas del Cáucaso ó á los bosques desiertos de la Germania.»

Yo sorprendia tambien algo, á ese profundo hablador, diciéndole: «Pero no veis amigo, que dais materia, vos mismo pará un escelente argumento á los devotos de nuestros dias, (por que siempre los hay apesar de los esfuerzos de los sabios) para que continúen pensando como ese buen hombre Boileau; en efecto os dirán sencillamente: *el trueno aunque mate; no se ha hecho para matar, y precisamente pedimos á Dios, que se digne con su bondad enunciar sus rayos á las rocas y á los desiertos; lo que basta sin duda al cumplimiento de las leyes físicas.*» Yo no queria, como imaginais, sostener una tesis, en presencia de tal auditorio, pero mirad á donde nos ha llevado la ciencia mal entendida, y lo que debemos esperar de una juventud imbuida en tales principios. Qué ignorancia tan profunda, yaun qué horror de la verdad! Observad sobre todo, ese sotisma fundamental del orgullo moderno, que siempre confunde el descubrimiento ó la generacion de un efecto, con la revelacion de una causa. Los hombres reconocen en una sustancia desconocida (el ambar) la propiedad que adquiere por la frotacion, de atraer los cuerpos ligeros. Llamán á esta cualidad *ambarina* (electricidad). No cambian este nombre conforme van descubriendo otras sustancias idio-eléctricas: presto nuevas observaciones les presentan el fuego eléctrico. Aprenden ó saben acumularlo y conducirlo, etc. En fin, se creen seguros de haber visto y demostrado la identidad de un fuego con el rayo, de manera que si el razonamiento diera los nombres, seria preciso hoy siguiendo ú observando las ideas admitidas, sustituir á la palabra *electricidad*, el de *ceramismo*. ¿Qué han adelantado en todo esto? Han hecho mayor el milagro, se lo han acercado, por decirlo asi, ¿pero qué otra cosa es lo que saben acerca de su esencia? Nada. Parece mas bien que se ha mostrado mas inesplicable, á medida que lo han creído mas próximo. Pues admirad la bondad de este razonamiento. «Está probado que la electricidad, tal como la observamos en nuestros gabinetes, difiere en menos de ese terrible y misterioso agente que llaman *rayo*; LUEGO no es Dios quien hace tronar.» Moliere diria; *Vuestro ERGO no es mas que un necio!* Pero muy dichosos fuéramos, si solo fuera necio; ved las consecuencias ulteriores: *luego no es Dios quien obra por segundas causas; luego*

»la marcha es invariable; luego nuestros temores y nuestras súplicas son igualmente inútiles.» Qué cúmulo de errores tan monstruosos! Leia yo no hace mucho tiempo en un papel francés, que *el rayo lanzado desde lo alto de los cielos para hacer temblar á los hombres, es un fenómeno muy natural y sencillo que pasa á algunas toesas, por encima de nuestras cabezas, y del que los astros mas próximos no tienen la mas pequeña noticia.* Analicemos este razonamiento y hallaremos. «que si el rayo salia por ejemplo del Planeta Saturno, como en tal caso estaria mas cerca del Dios, habria motivo para creer que él toma parte; pero que formándose á algunas toesas por encima de nuestras cabezas etc.» Mucho se habla de la groseria de nuestros abuelos; no hay nada mas grosero, que la filosofia de nuestro siglo; el buen sentido del duodecimo, se hubiera burlado con justicia. El Rey Profeta, seguramente no colocaba el fenómeno de que os hablo, en una region demasiado alta, puesto que la llama con mucha elegancia oriental, *el grito ó la voz de la nube* (1); ha podido muy bien recomendarse á los químicos modernos, diciendo que *Dios sabe sacar el agua del rayo* (2), pero no dejó de decirlo:

De tu trueno la voz á nuestro lado estalla,  
ya la tierra tembló (3)

Une él muy bien como veis, la religion y la física. Nosotros somos los que desvariámos. Ah! cuán caro han costado al hombre las ciencias naturales! El tiene la culpa, porque Dios lo habia suficientemente preservado; pero el orgullo ha prestado oídos á la serpiente, y el hombre ha puesto otra vez una mano criminal en el árbol de la ciencia; se ha perdido, y por desgracia lo ignora. Mirad una hermosa ley de la Providencia. Desde los tiempos primitivos, de los que no hablo en este momento, solo á los cristianos ha dado la física experimental. Los antiguos nos aventajaban ciertamente en talento; este punto está probado por la superioridad de sus lenguas, de tal modo, que parece como que imponen silencio á todos los sofismas de nuestro orgullo; por la misma razon, nos han aventajado en todo lo que ha podido tener relacion con nosotros. Por el contrario, su física es casi nula:

(1) *Vocem dederunt nubes* (Salm. LXXVI).

(2) *Fulgura in pluviam facit* (Ibid. CXXXIV. 7.). Otro profeta echó mano de esta espresion, y la repitió dos veces (Jerem. X. 13. Ll. 16.) Los truenos son la combustion del gas hidrógeno con el aire vital; así es que los vemos acompañados de súbitas lluvias (*Fourcroy, verdades fundamentales de la química moderna.* Pag. 38.)

(3) *Vox tonitruí tui in rota... commota est et contremuit terra* (Salm. LXXVI. 18).